

MODERNIDAD BARROCA E ILUSTRADA Y POSTMODERNIDAD EN EL NUEVO MUNDO

BERNARDINO BRAVO LIRA
Profesor titular de Historia del Derecho
Facultad de Derecho - Universidad de Chile

SUMARIO

I. Introducción. II. América indiana 1492-1760: modernidad barroca. III. La América barroca. IV. América de las luces: modernidad ilustrada. V. La América del modernismo. VI. América actual: avanzada de la postmodernidad.

I. INTRODUCCION

El Quinto Centenario del Descubrimiento de América incita a recapitular las grandes etapas de la historia del Nuevo Mundo.

Hasta ahora se han probado, sin gran fortuna, dos maneras de abordar en su conjunto la historia de América. O bien, se ha intentado estudiarla por separado, con independencia de Europa, o bien, a la inversa, se ha buscado la clave de ella en el Viejo Mundo, es decir, en la dependencia de Europa.

El tema es, sin duda, complejo y da para largas discusiones. Sin entrar en él, queremos apuntar aquí otra posibilidad: la de abordar la historia de América bajo el prisma de la Modernidad. Es decir, ni aislada en sí misma ni bajo dependencia de Europa, sino encuadrada dentro del mundo moderno. De hecho, la América actual nace y se configura como parte integrante de él.

Ahora bien, este mundo moderno se articula a partir de los grandes descubrimientos geográficos del siglo XVI sobre la base de la preponderancia europea. Es eurocéntrico. Su eje está en la Europa atlántica y en relación a ella hay dos periferias: una continental, Centro-europea, y otra ultramarina, América.

Bajo esta luz la singlatura histórica de la América hispánica en el medio milenio que sigue al descubrimiento puede compendiarse en tres grandes etapas: la América indiana (1492-1760) o

primera modernidad —barroca—; la América de las luces (1760-1920) o segunda modernidad —ilustrada—, y la América actual (1920-1992), vanguardia de la Postmodernidad.

Este tríptico vale propiamente para Iberoamérica. La situación de Angloamérica o de la América francófona es diferente. Su historia comienza más de un siglo después que la Iberoamérica, con la fundación de las primeras colonias inglesas y francesas a principios del siglo XVII. Se reduce a unos cuantos enclaves en la costa atlántica de Norteamérica y en el Caribe. En ellas una minoría europea se apretuja medrosa, al margen de la población indígena, y sus esfuerzos se concentran en reproducir en las nuevas tierras las formas de vida de la metrópoli europea, como medio de asegurar la propia identidad. Por estas razones, no hay lugar en ellas para una Modernidad barroca. La única que conocen es la ilustrada.

Hecha esta advertencia, pasemos a recapitular las grandes etapas históricas de Iberoamérica.

II. AMERICA INDIANA 1492-1760: MÓDERNIDAD BARROCA

La primera es la más larga y también la fundamental. Tiene carácter fundacional. En el curso de ella se forja la identidad histórica de Iberoamérica. Corresponde a la conquista y a la transformación de la América indígena prehispánica en la América indiana o hispánica. El Nuevo Mundo se incorpora así al ámbito cultural europeo y comienzan a compartir con él una suerte común.

Todo sucedió muy rápido. En menos de medio siglo, la conquista española avanzó desde las Antillas hasta México y Chile, y la portuguesa, desde las bocas del Amazonas hasta la Isla de Santa Catalina. El continente recibió su nombre actual —América— y entró a participar en la historia del mundo, unificado bajo la preponderancia europea.

La América indiana se superpone a la América indígena. Tierras y pueblos se articulan políticamente bajo la monarquía española; comienzan a convivir entre sí; a compartir una suerte común y a forjar formas culturales propias. Como lo indica su nombre, esta América indiana no es indígena ni europea, pero recoge y reelabora elementos de una y otra procedencia. Así; por ejemplo, sus dos grandes capitales, México y Lima, están asentadas precisamente donde estuvieron los dos mayores focos culturales prehistóricos.

La corona y la ciudad son los grandes pilares de la América indiana. Lo importante que hacen los conquistadores al llegar a las nuevas tierras es tomar posesión de ellas en nombre del rey. Los incorporan así a la monarquía. Como, por otra parte, el Papa donó estas tierras a los reyes de Castilla, con la carga de procurar la evangelización de sus habitantes, la expansión combina el fin político —dilatar la monarquía— con el religioso que buscaba difundir la fe.

Ambas cosas sólo se pueden hacer efectivas con la fundación de las ciudades. Por eso, éste es el paso siguiente a la toma de posesión. La ciudad no es una simple agregación de casas. Es una comunidad o república formada por los vecinos. En cuanto tal, sirve de marco para el contacto y la integración de europeos e indígenas. Al respecto, nada más ilustrativo que el *tiánguez* o mercado que se celebra determinados días de la semana en la plaza. A él acuden indígenas y europeos para comerciar entre sí. Sin embargo, los factores más decisivos en la formación de la sociedad indiana son el mestizaje y la síntesis cultural. Más allá del cruce racial, está el encuentro cultural entre la minoría europea y las poblaciones indígenas, que se verifica en el plano cultural.

III. LA AMERICA BARROCA

De esta manera, se pasa insensiblemente de una América indiana en formación a la América barroca, ya constituida, con una cultura propia que la diferencia tanto frente a la América indígena como frente a la Europa de su tiempo.

La palabra barroco alude originalmente a algo que llama la atención por su rareza. Bajo este prisma se mira al mundo como un teatro; a la vida como un espectáculo, y a los hombres como actores. Entre el nacer y el morir, cada cual representa ante Dios y ante los demás un papel que, como él mismo, es irrepetible.

El barroco indiano es la primera gran manifestación de una cultura propiamente americana. Las anteriores no lo fueron, dado su reducido ámbito de vigencia. Esta, en cambio, abarca casi todo el continente, desde México y Florida hasta el Río de la Plata y Chiloé. Por otra parte, tiene un origen y un carácter genuinamente americanos. Nacido en el continente, se nutre a la vez de elementos europeos e indígenas. No tiene nada de colonial, ni de limitación o de importancia foránea.

Así lo muestran todas sus manifestaciones: la pintura y escultura mexicana, quiteña o cuzqueña; la arquitectura y la literatura indiana; la escolástica y el derecho: las costumbres, las fiestas y los modos de vida. Este barroco indiano tiene manifestaciones originales y, a veces, también geniales, comparables a las del barroco europeo. Su florecimiento va acompañado del despertar de la conciencia patria entre los distintos reinos americanos. Ya no se llama patria a la ciudad de nacimiento, sino al país o reino del que uno es originario.

Cuando se lo estudia, este barroco indiano muestra afinidades con el barroco centroeuropeo. Lo cual muestra que ésta fue una época de esplendor para las dos periferias.

El barroco indiano representa, en cierto modo, la culminación del largo proceso de forja de una fisonomía cultural propia en Hispanoamérica. Todo lo que ha sucedido después no son, en última instancia, sino transformaciones de un núcleo ya acuñado entonces. En adelante, Iberoamérica, porque tiene una fisonomía cultural propia, reacciona a su manera frente a Europa.

IV. AMERICA DE LAS LUCES: MODERNIDAD ILUSTRADA

Con la Ilustración la historia del viejo y del Nuevo Mundo cambia de signo. Se difunde una nueva actitud ante el mundo: fundamentalmente crítica. No se aceptan las cosas como son ni el mundo como está. Se quiere someterlo todo a revisión. Se pretende examinar, a la luz de la razón, todo lo que viene dado, lo mismo tradiciones que creencias religiosas. Por esta vía se intenta conformarlo, según sus exigencias. En atención a esto se habla de Filosofía de las Luces, Ilustración o Iluminismo.

En relación a la Ilustración, se repite lo que aconteció antes con el barroco. Hay un notorio paralelismo entre Iberoamérica y Centroeuropa. Casi puede decirse que estamos ante reacciones gemelas en las dos periferias.

En general, se trata de una ilustración que se aparta de la vertiente irreligiosa y cosmopolita representada, más que nada, por los enciclopedistas. Frente a ella se perfila en las dos periferias una Ilustración católica o cristiana y nacional. Pero con una gran diferencia. En Iberoamérica presenta rasgos propios. Los grandes portadores de la Ilustración no proceden, como en general en Europa, de una burguesía que aspira abrirse paso y consolidar su predominio y, con este objeto presio-

na, por así decirlo, desde abajo contra los privilegios eclesiásticos y nobiliarios. Aquí, en cambio, los promotores de la Ilustración proceden en general de la minoría rectora, que tiene una posición dominante y, por tanto, actúa —digamos— desde arriba.

En otras palabras, la Ilustración tiene en Iberoamérica una significación social, no menor que la intelectual. Es el punto de partida de una duradera escisión mental entre la minoría dirigente, que se identifica con los nuevos ideales, y el grueso de la población, que permanece apegada a sus hábitos ancestrales, en gran parte provenientes del mundo barroco.

Así no es de extrañar que el tránsito de la modernidad ilustrada, de raíz foránea, transpirenaica, llegue a ser muchas veces traumático, sobre todo después de la independencia. Entonces, España y Portugal desaparecen como potencias mundiales y, en consecuencia, la Ilustración tiende a perder en estos países su carácter nacional. La imitación extranjera toma cada vez más cuerpo.

En este sentido puede decirse que la independencia parte en dos la época de la Ilustración. La verdad es que todo el mundo de habla castellana y portuguesa desemboca en una crisis de identidad. Nunca como entonces se siente el imperativo de definirse frente a la Europa de allende los Pirineos. Al respecto, la minoría dirigente oscila entre afirmación nacional y europeísmo, entre la independencia mental y *el progresar es desespañolizarse*. En la medida en que prevalece esta segunda orientación, toda Hispanoamérica permanece sumida en la anarquía y el desgobierno. Únicamente Brasil y Chile escapan a este sino. No sin razón ha podido observarse que la independencia, paradójicamente, es "sólo el inicio de una historia de dependencia cultural y política, para no hablar de la dependencia económica, que no hace sino aumentar, como si el destino histórico de Hispanoamérica fuera no lograr jamás una real independencia".

V. LA AMERICA DEL MODERNISMO

El modernismo de fines del siglo XIX representa una reacción contra este estado de cosas. No constituye sólo una cierta rebelión contra el racionalismo y la Ilustración, como con diversos nombres —*Sezession* en Austria, *Art nouveau* en Francia, *Jugendstil* en Alemania, *Modern*

Sí; en Inglaterra y Estados Unidos— lo es en Europa e incluso en Angloamérica. En Hispanoamérica su gran figura es Rubén Darfo. En su obra late una afirmación de la conciencia hispanoamericana, que distingue al modernismo en esta porción del Nuevo Mundo. Una serie de autores coinciden con el vate de la hispanidad, como se le ha llamado: desde el uruguayo Rodó hasta el mexicano Carlos Pereyra, el venezolano Vallenilla Lanz, el chileno Alberto Edwards o el argentino Leopoldo Lugones.

Estos hombres realizan un verdadero redescubrimiento de Hispanoamérica. Reconocen la propia identidad y la inanidad del europeísmo, de la imitación extranjera. También se advierte algo parecido en Portugal y en España tras la guerra de Cuba en 1898. Perdidos sus territorios ultramarinos, se convierten en potencias de cuarto o quinto orden, es decir, en cierto modo, al igual que Iberoamérica, quedan fuera de Europa, en la periferia, Sardinha de Portugal es "reaportuguesarse" y Maetzu escribe su *Defensa de la Hispanidad*.

En todo el mundo de habla castellana y portuguesa el modernismo representa una especie de reencuentro con los propios orígenes y, por eso mismo, una afirmación nacional y colectiva. Marca, por tanto, la superación de la dependencia mental frente a las corrientes de pensamiento y potencias dominantes. En este sentido contrasta con el modernismo europeo, cuya tónica es precisamente cosmopolita e internacional. Caso aparte es el de la *Sezession* austríaca que, en cambio, se esfuerza por conciliar modernismo y tradición. El eco que ella encuentra en Hispanoamérica no es casual. Una vez más las dos periferias se dan la mano.

VI. AMERICA ACTUAL: AVANZADA DE LA POSTMODERNIDAD

Los años 20 marcan el ocaso del mito del progreso indefinido y, en general, de las ilusiones de la Ilustración. La Primera Guerra Mundial (1914-1918), el surgimiento del primer Estado totalitario en Rusia y la gran depresión de 1929 son un trágico despertar. El liberalismo parlamentario entra en bancarrota. En pocos años Europa se cubre de dictaduras. No parece haber otra alternativa frente a la marea del totalitarismo socialista en sus dos vertientes, soviética, fundada en el socialismo internacional, y nazi, fundada en el nacionalsocialismo.

Las potencias europeas dejan de estar a la cabeza del mundo y pueblos y países se ven arrastrados a girar en la órbita de los Estados Unidos o de la Unión Soviética, las dos superpotencias que emergen en medio del derrumbamiento y confusión de la época. Dentro de este nuevo esquema pierde sentido la tensión eje-periferia. No hay lugar ni para una Europa Central ni para una Iberoamérica dueña de sí misma. A esta luz se entiende la suerte que han corrido desde el término de la Primera Guerra Mundial en 1918.

La mejor parte corresponde a Iberoamérica, que logró fortalecerse frente a los Estados Unidos; la peor a Europa Central, que cayó bajo la dominación nazi primero y soviética después. Sólo ha comenzado a recobrase desde fines de los años 1980, cuando la URSS entra en crisis.

Iberoamérica, en cambio, es la gran favorecida con el ocaso de la Ilustración. Al desmoronarse la modernidad ilustrada reaparece la modernidad barroca, soterrada bajo una corteza racionalista más o menos densa, pero viva todavía, sobre todo en los medios populares. En este sentido, lo que *Zum Fede* dice del nativismo, parece tener un alcance más general: "No ha sido en verdad sino una vuelta a los motivos nacionales y especialmente de carácter tradicional, que ya habían cultivado los románticos a su modo, y que habían seguido cultivando, al suyo, los rimadores y narradores folclóricos, pero que reaparecen un tanto renovados formalmente, en virtud de nuevos gustos y nuevas técnicas". Al redescubrir los valores patrios, los sectores más cultivados hallan el camino para un reencuentro con el grueso de la población que conserva esos valores bajo una forma tradicional. Todo lo cual no puede sino reafirmar su identidad histórica.

Desde los tiempos del modernismo, a principios de siglo, en adelante, Iberoamérica no ha cesado de crecer en todos sentidos, más en unos que en otros, pero principalmente en el espiritual. Esto, como no podía ser menos, ha contribuido a reafirmar la conciencia nacional y colectiva. Después de todo, lo que define a los países no es lo que producen o lo que consumen, sino lo que crean y realizan.

Según sucede a menudo en el mundo preindustrial, Iberoamérica ha obtenido los mejores logros en el arte. Allí está su superioridad. Ahí se concentran sus mejores talentos, o, por lo menos, los más creadores. En este campo, ninguna de las superpotencias aventaja o iguala siquiera a la América hispana. Los imperialismos se mueven en otros planos. Por eso, ni los Estados Unidos ni la Unión Soviética

tienen mucho que ofrecer en el terreno artístico y cultural, como no sea por refracción de lo que ellos reciben, a su vez, de Europa. Son los nuevos bárbaros de la era técnica, que han aprendido a admirar la cultura europea, como otrora los romanos, la griega. Al respecto, baste pensar en el papel de los científicos alemanes en la carrera espacial; de los profesores europeos en las universidades norteamericanas, y del arte y el pensamiento del Viejo Mundo en la vida cultural estadounidense y soviética.

No es en absoluto casual que en este mundo decadente, la literatura y, en general, el arte iberoamericano, desde la arquitectura hasta el diseño emerjan, por así decirlo, como la vanguardia de la postmodernidad. Basta recordar algunos nombres. Casi ningún país iberoamericano deja de contar con una o más celebridades. La serie se abre con los chilenos Gabriela Mistral (1889-1957) y Pablo Neruda (1904-1973), se continúa con el guatemalteco Miguel Asturias (1889-1974), el argentino Jorge Luis Borges (1889-1986), y llega hasta nuestros días con el mexicano Octavio Paz (n.1914), el colombiano García Márquez (n.1928), el peruano Mario Vargas Llosa (n.1935). No menos insigne es la lista de los grandes pintores, arquitectos y escultores.

Así las cosas, el mundo entero, o al menos Europa y América, han vivido en el curso del siglo XX bajo este imperativo de "recrear el propio universo", tan fuerte en la Viena de fin de siglo. Más aún, los esfuerzos se han orientado, a menudo sin saberlo, en las mismas direcciones marcadas entonces allí por un Freud o un Wittgenstein, a saber, la psicología y el lenguaje. A la vista de esto, no tiene nada de asombroso que en Iberoamérica desde la arquitectura hasta el diseño sigan en gran medida las líneas de la *Sezession* austríaca, ni que se constituya en una especie de avanzada de la postmodernidad. Es decir, por encima de los imperialismos del siglo XX, ha subsistido la rica comunidad cultural entre Europa e Iberoamérica, y, dentro de ella, la honda afinidad entre Iberoamérica y Europa Central.

En suma, América es el Nuevo Mundo. Como tal, su historia no puede disociarse de la del Viejo Mundo. Entre uno y otro hay una relación no de dependencia cultural, sino de comunidad cultural. Por eso, a lo largo de la Edad Moderna, ambos han recorrido juntos, o mejor, han hecho juntos las mismas etapas históricas: Modernidad barroca, Modernidad ilustrada y, ahora crisis de esta Modernidad y prolegómenos de lo que, para continuar dentro de esta línea explicativa, hemos llamado Postmodernidad.

